COMEDIA NUEVA.

INTITULADA

LO CIERTO POR LO DUDOSO,

Ó

LA MUGER FIRME.

EN TRES ACTOS.

POR D. V. R. A.

Vicente Rodriguez de Arellano

FORMADA POR LA QUE CON EL MISMO TITULO ESCRIBIÓ EL CELEBRE FREI LOPE DE VEGA CARPIO.

PERSONAS.

Don Enrique. *** El Adelantado. *** Doña Ines.
Don Pedro. *** Chichon. *** Elvira.
Don Tello. *** Doña Juana. *** Acompañamiento.

ACTO PRIMERO.

El teatro estará á media luz : la mutacion será de calle : debe preceder alguna salida de gentes que van de música, como se acostumbra la noche de San Juan.

Enrique y Chichon.

Chich. Obscura noche en verdad.
Enriq. Sin embargo, hoguera tanta
las negras sombras espanta,
y vence su obscuridad.
Chich. Mejor ha estado la tarde.
Enriq. La de San Juan en Sevilla
es alegre á maravilla:
¡ qué es ver el precioso alarde
que hace de sí placentera,
ostentando su finura
tanta divina hermosura,
del Bétis en la ribera!
¡ qué es ver en el claro rio
tantas barcas enramadas,
de toldos entapizadas,
formando un bosque sombrio,
y en ellas alegremente
bailar todos mui contentos
al son de los instrumentos

que acompañan la corriente!
Chich. Y qué es ver tanto maton
mui erguido y puesto al olio,
con sombrerazo de à folio,
ostentando el espadon,
con retorcido bigote,
y como inspirando asombro,
mirar por cima del hombro,
asomándose al capote,
ir chorreando pendencia,
y hacerse lugar, diciendo:
Apártense: ¿no están viendo
que aqui va la omnipotencia?
¡Qué es ver à tanta garduña
de clase y de trato vil,
buscar, mas que un alguacil,
en donde encaxar la uña!
¡Qué es ver á tanta gitana
decir la buena ventura,
y hacer Pontífice á un cura
que apénas tiene sotana!
Una de ellas me la dixo,
y viendo mi poco fuste,
despues de infinito embuste,
que contar fuera prolixo,
mirándome á lo ceñudo,
exclamó: diste en las brasas,
advierte que si te casas
seràs mui grande . . . . no dudo
supones el consonante;
pero yo á la gran taimada,
la dí tan fuerte puñada
en la boca, que al instante
le saltó, segun mi cuenta,
solo un diente que tenia,
conque quedó de su encia
el taller sin herramienta.
Enriq. No te vuelva á suceder,
que te sabré castigar,
y enseñarte á respetar
hasta el nombre de muger:
me cansan las tiranias
de quien las hace desprecios.
Los feos, pobres y necios
suelen tratarlas de harpias;
pero quien sabe estimarlas,
y las merece agradar,
jamas se llega a cansar
de engrandecerlas y honrarlas.
Por Dios que donde no estan
no hai verdadera alegria,
no tenemos compañia
como la que ellas nos dan:
nuestras enfermeras son
de alma y cuerpo.
Chich. Asi es verdad,
á no tener variedad
su mudable condicion.
Enriq. No es toda muger igual.
Chich. Buena es la que se comide,
bello animal si no pide,
si pide es bravo animal.
Mas, ¿no viste la aficion
con que el Rei mui disfrazado,
del maestre acompañado,
seguia á Juana, blason
el mas bello de la casa
de Castro, en todo famosa?
Enriq. Calla esa lengua alevosa,
que el corazon me traspasa.
Ha dado en servirla ahora
mi hermano, que me aborrece,
por presumir que merece
mi amor tan bella señora,
que es honor de Andalucía.
¡Nunca yo la mereciera,
nunca mi obsequio admitiera
para su pena y la mia!
Nada hasta aqui sospeché
del empeño de mi hermano,
y en él siempre afecto sano
y aun amistoso encontré;
mas ya de sí me desvia,
y me trata con rigor,
porque el reino y el amor
nunca admiten compañia.
¡Cuánto fia en lo que puede!
Estoi perdido, estoi loco:
mas perder el juicio es poco
á quien esto le sucede.
Chich. ¿Por eso tanto te enfadas?
¿Ser tuya no prometió?
Enriq. Pues sino ¿viviera yo?
Chich. Morir fuera mas locura.
Enriq. Hablas con ese reposo,
porque nunca habràs amado;

pero no hai mas triste estado
que el de amar y estar celoso.
Son celos una pasion
que al mas cuerdo desatina,
de amor, deidad peregrina,
adúltera sucesion.
Son celos fuente de enojos,
son un azote del sueño,
y una atalaya sin ojos.
Son celos unas escuchas
y solicitudes locas,
que para verdades pocas
hacen diligencias muchas.
Son celos haber creido
una sombra, una ilusion,
que del sol de la razon
forma el interior sentido.
Son celos cierto temor
tan delicado y sutil,
que si no fuera tan vil
pudiera llamarse amor.
Son principios de mudanza,
y fin de la obligacion:
son agena estimacion,
y propia desconfianza.
Son un desengaño salvo
del pensamiento dormido:
son reloxes del olvido,
con despertador de agravio.
Son cuerpo del pensamiento
que no le tuvo jamas:
pasos que amor vuelve atras
para correr por el viento.
Y aunque es semejanza nueva,
de linterna es su costumbre;
pues vemos mover la lumbre,
y no vemos quien la lleva.
Son finalmente rigores,
que amando es fuerza tenellos;
pues ni amor está sin ellos,
ni ellos están sin amores.
Chich. Mas cortas son por acá
esas cifras y desvelos.
Enriq. ¿Pues cómo entiendes los celos?
Chich. La deficion que da
quien ama à gente accesible,
ya entiendes, gente tratable,
de esfera comunicable,
y no de un alto imposible,
es sospechar, no parar,
llegar y reconer:
y en fin entre hombre y muger,
escusando todo hablar
en mentiras ó verdades,
sin oir satisfaciones,
darse cuatro moxicones,
y luego hacer amistades.
Mas ¿nos hemos de acostar?
Enriq. Antes voi á ver á Juana,
que pena tan inhumana
solo ella puede aliviar.
Mas ¡ai! que aunque á toda lei
quiera firme mantenerse,
¿cómo podrá defenderse
de los esfuerzos de un Rei? *Vanse.*
Sala: salen Doña Juana y Doña Ines.
Juan. Por puntos mi turbacion
va creciendo, prima mia:
¡qué aciago ha sido este dia!
Ines. ¡Extraña es tu condicion!
¿Decirte el Rei que te ama
puede causarte inquietud?
Juan. Si, que su solicitud
es peligro de mi fama.
Pero aun cuando asi no fuera,
¿cómo admitirà su amor
mi pecho, si otro señor
reina dentro de su esfera?
Y si no doi dulce pago
á la pasion que alimenta,
de su condicion violenta
temible es cualquiera estrago;
que es como el rayo el poder,
le irrita la competencia,
y donde halla resistencia
mayor daño suele hacer.
Ines. ¿Tan poco aprecias un Rei
que te puede coronar?
Al trono puedes llegar;
que no hai en Castilla lei,
que el casamiento le impida
con la hija de un vasallo.
Yo por tus méritos callo,
si es dicha, ó no, ser querida
de un Rei para casamiento,
que el señor Adelantado

mayor no iguala su estado,
si iguala su nacimiento;
pero no puedo escusarme
de decirte que es locura
no conocer tu ventura.
Juan. Bien pudiera disculparme
con pintar la condicion
de amor; pero yo sospecho
que aunque lo ignore tu pecho,
lo sabe tu discrecion,
que historias habrás leido
de mugeres que han amado.
Ines. Siempre amor fué disculpado
de necio, no de atrevido.
Juan. ¿Acaso es necio mi amor?
¿No es del Rei hermano el Conde?
Ines. Si, pero aquel corresponde
mas à su propio valor.
Juan. De Enrique el merecimiento
en cualquiera extremo toca.
Ines. A tí, que amor te provoca,
te falta conocimiento;
mas yo que no juego y miro,
lo entiendo mucho mejor.
Juan. Conoceràs en rigor
cuan justamente suspiro,
y que de mi amante fiel
pueden todas tener celos.
Ines. Digo mal de Enrique ¡cielos!
y estoi muriendo por él. *ap.*
Juan. Hai quien grosero manjar
à otro exquisito prefiere.
Ines. ¿Pero de eso qué se infiere?
Juan. Defecto en el paladar.
Ines. El gusto:: - *Juan.* No lo condeno;
pero en mi abono señalo
que hai quien gusta de lo malo.
Ines. Porque lo imagina bueno.
Juan. Luego solo en ilusion,
hija de la fantasia:: -
Salen Enrique y Chichon.
mas ¿quién entra? *In.* ¿Quién podia
ser sino Enrique? *Enriq.* A ocasion
llego que tal vez disgusto.
Juan. ¿En vos tal descortesia?
Casi raya en villania
un recelo tan injusto.
Enriq. Perdonad si os ofendió
quien tan fino os està amando.
Juan. ¿Y lo decis suspirando?
Enriq. ¿Qué triste no suspiró?
¿No me sobra la razon?
Jua. Déxanos, Ines, aqui. *Hablan ap.*
Ines. Los celos con ser en mi *ap.*
tan rigorosa pasion,
no me dexa amor gozar;
que aun celosa ver quisiera
la causa, si amor me diera
para gozarla lugar.
¡O temibles desconsuelos!
¡O nunca visto rigor!
¡Qué aun no dexes à mi amor
satisfacerse de celos! *Vase.*
Chich. Siento un sueño tan activo,
que no puedo resistir:
bien dicen que es el servir
el mejor soporativo.
Arrimase á un bastidor.
Juan. Mucho, Conde, me ha pesado
que del Rei estés celoso.
Enriq. Un señor tan poderoso
¿á quien no ha de dar cuidado?
Con tan diferentes ojos
se mira un Rei, que no sé
cómo quereis vos que esté
sin celos y sin enojos.
Por mas que en sangre le iguale,
si tiene mi pretension,
¿quién no ha de hacer eleccion
de quien mas puede y mas vale?
Tanto mi amor le prefiere,
que si posible me fuera
no quereros, no os quisiera
tan solo porque él os quiere;
y aunque quiero con temor,
y con esperanza muero,
porque os quiero como os quiero,
le quisiera dar mi amor.
Mas ya que no puede ser,
su amor tomare á mi cuenta,
y pues quereros intenta,
por los dos quiero querer:
y asi obligada quedais,
queriendoos ámbos á vos,
pues os quiero por los dos,
á que por dos me querais.

Juan. Enrique, si al Rei hablé
con palabras generales,
y de sus labios reales
mil finezas escuché,
no es una gran maravilla:
¿qué celos puedes tener,
si sabes que ha de volver
dentro de un mes á Castilla?
Que es digno de ser amado,
te confieso, por señor,
por Rei, y por su valor,
y por haberme obligado
con lo mas que puede ser,
pues no puede hacer quien ama
mas fineza con su dama,
que quererla por muger.
Mas ya que sin conocerle
puse en tí todo mi amor,
conoceré su valor,
pero no para quererle:
que esta fe no ha de faltar
sino porque falte en tí,
que el amor que reina en mí
no es rei que da su lugar.
Enriq. Solo, mi bien, en tu dia,
pues ya lo es, sucediera
tanto bien á quien te espera
con tan amante porfia;
logres los años que ahora
cumples, con tan altos bienes
como las gracias que tienes,
de que el amor se enamora,
que yo vengo á celebrarlos
contigo, aunque mas quisiera
que el tiempo veloz pudiera
pasar por tí sin contarlos;
y oxalá, pues sin engaños
tanto de mi amor confias,
que yo pasara los dias,
y tú cumplieras los años.
Tu virtud el medio sea
en que mi descanso viva:
no soi rei, que amor no estriva
en reinos que no desea,
sino solo en voluntades:
tuya es la mia. *Juan.* ¿Quién viene
contigo? *Enriq.* Quien solo tiene
parte en estas amistades.
Llégate y besa, Chichon,
á la condesa los pies:
¿no lo entiendes? *Chich.* Mejor es
Como soñando.
en la calle del Rincon::-
Enriq. ¿Qué dices?
Chich. Y mas barato. *Lo mismo.*
En. ¿Duermes, pícaro? Despierta. *Dale.*
Chich. Si señor: ya estoi alerta.
¡Qué no he dormir un rato!
Enriq. Llega, y habla á la condesa.
Chich. Pues tanta dicha le toca,
mi asquerosísima boca
besa, señora::- no besa;
pues fortuna como esta
no es reservada à mi estado,
que la boca de un criado
todo lo que toca apesta.
Sale Doña Ines asustada.
Ines. ¡Ai prima! El Rei.
Chich. El demonio.
Juan. ¿Qué dices?
Ines. Que le vi entrar.
Enriq. ¿Ya qué mas claro ha de estar
de mi muerte el testimonio?
Juan. Escóndete.
Enriq. ¿Para qué?
Juan. Entra en ese gabinete,
pues que mi amor te promete
no faltar nunca á su fe.
Escóndense, y salen el Rei y el Maestre.
Rei. No se enojará, maestre;
pues que la noche licencia
da para esta libertad.
Juan. ¡Como, señor! ¿V. A.
honrando esta humilde casa?
Desde hoi pondré á sus puertas
para mas este blason,
aunque están honradas ellas
con los que ganó mi padre,
y traerá de las fronteras
mañana, pues tengo aviso
que mañana mismo llega.
Rei. Bien conozco á vuestro padre.
Si asi hablais porque en su ausencia
vengo à visitar su casa,
volveréme á salir de ella;

que estimo al Adelantado
en la paz como en la guerra,
de la que vuelve triunfante.
Juan. Que de esa suerte envilezca
V. A. la alegria
que tengo de verle en ella,
en deshacer el favor
que nos ha hecho en quererla
honrar esta noche.
Rei. Asi será justo que se entienda:
¿nada me decis, Ines?
Ines. Embarga, señor, mi lengua
el respeto que es debido
à tan augusta grandeza.
Maest. ¡Bizarra dama!
Rei. No es poco
que junto el sol lo parezca.
Yo pensé hallar esta sala,
y mas siendo noche vuestra,
la de San Juan por el nombre,
de otra manera compuesta.
¿Porqué no habeis hecho altar
como lo hacen otras bellas
damas en aquesta noche?
Juan. Por no tener concurrencia;
que estando mi padre ausente
ser reparable pudiera.
Maest. ¿Con que nadie viene á veros?
Mucha soledad es esa.
Juan. La que al decoro conviene.
Rei. Sin que el decoro se ofenda,
¿no hai ningun privilegiado
contra el temor de esa regla?
Juan. La pregunta que me haceis
no entiendo qué objeto tenga.
Rei. No os hagais desentendida,
señora, hablad con franqueza:
¿qué es de Enrique? ¿le habeis visto?
Juan. No por cierto, ni pudiera
imaginar que pensara
esas cosas V. A.
Sin duda alguna á estas horas
el Conde por las riberas
de esa ciudad generosa
mas fáciles garzas vuela.
Que imagineis una cosa::-
Ruido dentro del gabinete, como de haberse quebrado vidrios.

Rei. Callad: ¿qué es eso que suena?
Alguien hai dentro escondido.
Juan. ¡Cielo santo! ¡Yo estoi muerta!
Rei. Llega, Don Tello: registra
esa estancia, pues pudiera::-
Juan. Señor, será algun criado::-
Rei. No importa: mirarlo es fuerza.
Maest. Dos hombres hai embozados.
Rei. Mátalos, ò salgan fuera. *Salen.*
Enriq. Ten la espada: el conde soi,
que sin que nadie me viera::-
Rei. No prosigas, que no quiero
satisfaciones tan necias.
Enriq. Modera tu condicion;
pues mi verdad desempeña
el que no debes creer
que yo por tí me escondiera,
siendo mi hermano.
Juan. Señor,
su razon es justo atiendas,
pues que debes persuadirte
á que entró sin mi licencia.
Rei. No creeré sino el agravio
que mi amor manda que crea.
Sal, Enrique, de Sevilla:
no estes el San Juan en ella,
pues me das tan mala noche.
Enriq. Razon es que te obedezca,
si has pensado mal de mí.
Maest. Señor, si el conde creyera
que te habias de enojar::-
Rei. Déxame, maestre.
Maest. Llega
Enrique, y pide perdon
à S. A.
Enriq. Yo lo hiciera
á pensar que cabe en mí
solo un átomo de ofensa.
Maest. Señor, no se vaya Enrique,
házlo por mí.
Rei. Como él quiera
hacerme pleito homenage,
pues insiste en su inocencia,
de dexar su pretension.
Maest. Ten esa condescendencia.
Enriq. Señor, mas quiero fiar
mi destierro de mi ausencia,
que mi amor de mi deseo:

que ausente no habrá que temas,
y estando presente sí;
y no sé yo como puedas
ni tú olvidar esos celos,
ni yo olvidar esta puerta;
pero me admiro de vér
que te pese que yo quiera
à Doña Ines, pues creia
que era Doña Juana bella
dueña de tus atenciones.

Rei. ¿Con que persuadirme intentas
que á Doña Juana no sirves?

Enriq. Si á Doña Juana sirviera
ella volviera por mí;
mas pues calla, ¿qué mas prueba
quieres de que no te ofendo?
Pero si no basta esta,
sea mi triste destierro
tu satisfaccion mas cierta. *Vase.*

Chich. Si yo pudiese escurrirme
sin que nadie lo advirtiera.

Rei. Ah hidalgo.

Chich. Pues nó es á mi.

Rei. Ah gentil hombre.

Chich. Tampoco.

Maest. Llega Chichon: ¿estás loco?

Chich. Señor, ¿en qué te ofendí?

Maest. Responde al Rei.

Chich. Yo confieso
que no entendí, y no te asombre,
que entre hidalgo y gentil-hombre
todo lo soi ménos eso.

Juan. ¿Cómo? El oirlo me agrada. *Al rei.*

Chich. Bien al propósito salgo,
que hidalgo dice hijo de algo,
y yo lo soi de la nada:
ser gentil-hombre es blason
de caballero excelente,
y yo soi únicamente
gentilísimo Chichon.

Rei. Di á tu amo que no crea
que de burlas le destierro,
y que si vuelve le encierro
en donde nadie le vea:
y esta piedra soberana
sea premio merecido
de saber que tú has podido
agradar á Doña Juana.

Chich. Vivas, ilustre Pedro generoso,
mas quedeuda de pródigo entrampado,
mas que el griego carroño amojamado,
y que Matusalen el mas añoso:
mas que el abejuruco prodigioso
por solo los poetas engendrado,
pues ni crudo, cocido, ni guisado
no le vió ni Eliogábalo el goloso.
La fortuna tus dichas nunca estafe,
á tus contrarios siempre les despique,
tu armada en otro mundo velas zafe,
tu fama al brõce el labio eterno aplique
desde el muro de Fez al Ajarafe
y desde Santiponce á Mozambique.
Vase.

Rei. ¡Valiente humor!

Maest. ¡Peregrino!

Rei. ¿Estaréis mui triste?

Juan. ¿Yo?

Rei. Si su ausencia os lastimó,
saldrá mi amor al camino;
que puesto que es desatino
deciros que tengo celos,
han llegado mis desvelos
à ponerme en un crisol,
donde los tengo del sol,
y me dan celos los cielos.
Tales son ya mis antojos,
que de mí mismo los tengo
cuando á retratarme vengo
en las niñas de esos ojos.
No os den mis penas enojos;
basta que las tenga yo;
y pues amor obligó
á penar á magestades,
agradeced mis bondades,
mis merecimientos no.
Y si sabeis que entre buenos
no hai ingratitud jamas,
no pierda yo por ser mas
lo que otros ganan por ménos.
Volved los ojos serenos
al triunfo de estos despojos;
si el ser quien soi os da enojos,
reinad vos, y yo pondré
la corona á vuestros pies,
como el alma en vuestros ojos. *Vase.*

Maest. Mal habeis hecho en callar,

señora, en esta ocasion,
que aunque desprecios no son,
se suelen imaginar.
Yo no os puedo aconsejar:
mi hermano es el Rei, y el Conde
tambien: la razon responde
que es mejor á toda lei
querer en público á un Rei,
que no á un hombre que se esconde.
Mirad que es notable error
no conocer la fortuna,
porque suele vez alguna
trocar en odio el favor.

Juan. Decid al Rei mi señor::-

Maest. Proseguid, ¿qué le diré?

Juan. No sé, por Dios.

Maest. Pues yo sé
que no es de muger prudente,
no levantar á la frente
corona que os pone al pie. *Vase.*

Juan. ¡Confusa estoi!

Ines. Con razon.

Juan. ¡Qué de dudas me combaten!

Ines. ¿Ya qué puede haber que traten
tu ignorancia y tu pasion,
que no sea perdicion
de tu honor y de tu casa?
Si Enrique se va, y se casa
en Castilla, ¿qué has de hacer
perdiendo un Rei?

Juan. Soi muger,
todo me yela y me abrasa.
Veo á Enrique desterrado;
veo enamorado al Rei;
veo que en amor no hai lei,
ni ausente firme cuidado.
Un poder determinado
estorba lo que no alcanza:
un ausente la mudanza
teme, y olvidar procura.
¡Oh, amor! Sin parte segura
ya eres temor, ya esperanza.

Ines. Olvidar es lo mejor,
prima mia, al Conde ausente;
no aguardes que el Rei intente
cosa que ofenda tu honor.
Como me muero de amor *ap.*
de Enrique, aconsejo olvido.

Vase, y por el lado opuesto salen Enrique y Chichon.

Chich. Ya, señor, todos se han ido;
pero::-

Enriq. ¡Yo no estoi en mí!

Juan. Ola: ¿quién ha entrado aquí?

Enriq. Enrique soi, ó lo he sido.

Juan. ¡Cómo te has entrado,
conde, de esa suerte,
sin ver el peligro
que tan cerca tienes!
Mira que te expones:
mira que los reyes
si son competidos
muestran lo que pueden.
Mal San Juan me has dado
con venir á verme.
No fuí yo culpada
de que el Rei te viese.
Mal haya el amante,
que al tiempo que viene
á ver de secreto
la dama que quiere,
no repara en cuanto
descubrirle puede.
Ni aun su misma sombra,
si posible fuese,
traer deberia;
pues vemos que á veces
por sola su sombra
el cuerpo se siente.
Mas ¿porqué me alargo
no sea que intente
el Rei mi desdicha
si volviese á verte?
Vete, conde mio,
por mas que me pese:
si he de verte muerto,
mas te quiero ausente.
Dichosas te gocen,
desdichas te pierdan.
Mucho se entra el dia;
ya no le detiene
la noche en su cárcel:
sus tinieblas vence;
se ven ya los montes
vestidos de verde;
las aves al alba

saludan alegres,
y yo estoi temiendo,
porque ama quien teme.
¿Qué me estás mirando?
¿Porqué te suspendes?
Vete, Enrique mio,
mira que amanece.
Enriq. Si yo imaginara
que tales desdenes
oirte pudiera,
no volviera á verte.
Reconozco cuanto
mal hice en que vieses
otra vez perdido
tu olvidado ausente.
Extraña desdicha
es, que ántes que dexe
tu ingrata hermosura
ausente me cuentes.
Pero si la ausencia
hace que amor cese,
tú me has olvidado
ántes que me ausente.
Finges mi peligro,
mi muerte encareces;
los duros enojos
de mi hermano temes;
airado le escusas,
amante le absuelves.
Tienes mil razones,
y todas me advierten
de que tú te guardas,
pero es de quererme.
Dices, afectando
piedades crueles,
que me quieres vivo,
por mas que otra llegue
á gozar dichosa
la dicha que pierdes.
No es esa la causa,
sino la de verte
ya desvanecida
porque un Rei te obsequie,
que puede elevarte
al solio eminente.
Por eso me dexas,
por eso me vendes:
pues juro á tus ojos,
à mi amor aleves
cuando mas los amo,
de que eternamente
tengan otro dueño
los que tú aborreces.
Yo parto á Castilla,
donde, si viviere,
te dirán que he sido
exemplo valiente
de firmeza injusta,
pues no la mereces
sino por hermosa;
pues en serlo excedes
á Venus divina.
Y porque amanece,
como tú lo dices,
á Dios para siempre. *Ella le detiene.*
Juan. Espera, bien mio.
Enriq. Huir me conviene.
Juan. ¿De la que te ama?
Enriq. De la que me ofende.
Juan. Mi amor, mi regalo.
Enriq. Mi pena, mi muerte.
Juan. ¡Qué mal que me tratas!
Enriq. ¡Qué bien lo mereces!
Juan. Mi llanto te ablande.
Enriq. Tus lágrimas mienten.
Juan. Del alma son hijas.
Enriq. Tu engaño las vierte.
Juan. Solo á ti te amo.
Enriq. Al cielo pluguiese.
Juan. Oye por tu vida.
Enrique. Acaba, ¿qué quieres?
Juan. Que sepas, bien mio,
que no hai intereses
que de mis amores
la firmeza alteren:
en tí cifro todos
mis males y bienes.
Solo una vez aman
las nobles mugeres,
y de ellas espejo
he sido yo siempre.
Si te has enojado
porque te dixese
que de aqui te fueras,
te juro mil veces
que tuve tan solo

tu riesgo presente.
Bien mio, que adoro,
ya bastan desdenes:
inclina tus ojos
serenos á verme.
¿Qué aun no te persuades?
¿Qué no compadeces
mis duras fatigas,
mis penas crueles?
Mas como te ausentas,
llevarte resuelves
motivos, que injustos
tu olvido fomenten.
Pero haz lo que quieras,
que en mi hallarás siempre
las mismas finezas
que ahora aborreces.
Seremos entrambos,
con opuestas leyes,
tú ingrato, yo fina,
tú falso, yo fuerte,
tú infame, yo noble,
yo firme, tú débil,
yo espejo de amantes,
tú exemplo de aleves.

Enriq. ¿Qué màgia es la tuya?
¿Qué encanto, dí, este,
que no te resisto,
y sé que me ofendes?

Juan. ¿Ofensa es amarte
tiernísimamente?

Enriq. ¡Ai, cómo recelo!
Que amor en mugeres
es el sol de Enero
que pasa mui breve.

Juan. No habla eso conmigo,
que soi como el Fenix.

Enriq. ¡Si asi como en gracias
en amor lo fueses!::-
Mas ¿qué sirve todo
cuando he de perderte?

Juan. ¿La causa?

Enriq. Mi ausencia.

Juan. ¿No hai otra?

Enriq. ¿Y es leve?

Juan. Quien piensa las hace.

Enriq. ¿Qué amante no teme?

Juan. ¿De mí desconfias?

Enriq. Mi hermano te quiere.

Juan. Pues yo quiero al suyo.

Enriq. Un Rei, ¿qué no puede?

Juan. Mandar en las almas.

Enriq. La tuya::-

Juan. La tienes
tú solo.

Enriq. Apreciarla
sabré eternamente:
y à Dios, que no puedo
ya mas detenerme.

Juan. Mira como quedo.

Enriq. Vendré oculto á verte.

Juan. No haga tu mudanza
que me desespere.

Enriq. Amores, primero
dirás mi muerte.

Juan. ¿Qué prenda me dexas?

Enriq. Mis brazos, si quieres.

Juan. ¿De esposo?

Enriq. Y de esclavo.

Juan. ¡O amor, qué no vences!

ACTO SEGUNDO.

Campo, caxas y clarines, y salen el Adelantado y soldados.

Adel. La cosa mas alegre que en la vida
permite al ser mortal humana gloria,
es la patria del hombre tan querida,
despues de alguna próspera victoria.
Salir del mar en que la vió perdida,
ó à los amigos referir la historia
del cautiverio, no es de tanto exemplo
como ofrecer una bandera al templo.
Tenemos desde el tiempo de Rodrigo
siglo infeliz, por la traidora Caba
en nuestra misma casa al enemigo
y la que fué señora, vive esclava.
De esto es Granada pertinaz testigo
aunque en ella parece que se acaba
la soberbia del bárbaro africano:
tal freno tiene en el valor cristiano.

Salen el Rei, el Maestre, y acompañamiento.

Rei. Al son de vuestras caxas he querido

Adelantado, primo, anticiparme
y venir como veis.
Adel. Habeis lucido
mis armas como el sol.
Rei. Llega á darme
los brazos.
Adel. Es favor no merecido:
efecto del amor es el honrarme,
que los servicios del valor pequeño
los hace grandes el amor del dueño.
Pensó Aliatar, pensó el valiente moro,
ó generoso príncipe, que habia
de volver á Granada con el oro
que á su africano rei llevar solia:
y fuera de dexar aquel tesoro,
perdió mil hombres, el que no queria
ménos que aquel tributo que lamenta
España con dolor de tanta afrenta.
Despues de aquella célebre victoria,
en que acabó con la roxa espada,
se vió el Patron de España, que en memoria
á eterno feudo la dexó obligada,
ni se ha visto mayor ni de mas gloria;
pues á los altos muros de Granada
llegaron los ginetes castellanos
siguiendo á los vencidos africanos.
Rei. Castro, español blason no hallo que pueda
ser premio de valor tan señalado:
permitid que lugar se me conceda
para salir de estar tan obligado.
Hija teneis que vuestra casa hereda:
yo haré por ella que quedeis honrado,
ántes que salga de la gran Sevilla,
al igual de los reyes de Castilla;
Tambien vuestra sobrina generosa
alcanzarà de mis favores parte,
pues es tan bien nacida como hermosa:
y ahora descansad, cristiano Marte.
Adel. Señor, en toda empresa generosa
asi prospere el Cielo tu estandarte,
que se cante inmortal tu nombre solo
en cuanto dista de uno al otro polo.
Vanse todos, ménos el Rei y el Maestre.
Rei. Con tan ilustres victorias,
maestre, crece el valor
del objeto de mi amor.
Maest. Yo pienso que de estas glorias
solo estimas el tener
mas disculpa á tus antojos.
Rei. Nunca culparé mis ojos,
si viene á ser mi muger.
Maest. Ni pareciera razon,
si has de casarte en España.
Rei. ¿A qué muger acompaña
mas generoso blason?
Y si mis antecesores
en España se casaron,
iguales casas hallaron
al valor de sus mayores.
¿Pues qué tengo en que entender?
Nadie me puede culpar:
¿qué exemplo debo buscar?
Maest. Si me quieres atender,
en Navarra y Aragon
hallarás princesas bellas;
elige cualquiera de ellas,
darás á tu sucesion
explendor mas relevante;
y serás mas respetado
fortificando tu estado,
que esta es màxima importante.
Rei. Tú me estás aconsejando
de la razon al compas;
pero yo no puedo mas,
que el amor me está abrasando.
Maest. Con tan poco sufrimiento
toda tu gloria obscureces.
Rei. ¡Ai Tello, que no padeces
mi rigoroso tormento!
Maest. ¿Pero no ha de haber un medio
que lo consiga aliviar?
Rei. El remedio es olvidar,
y se me olvida el remedio.
Vanse, y por el lado opuesto salen Chichon y Enrique: éste traerá un vestido ménos rico.
Chich. ¿Piensas andar escondido
porque de trage mudaste,
y de la vanda dexaste
el blason esclarecido?
Enriq. Con lo festivo del dia
en mi nadie hará reparo.
Chich. ¡Ai señor! Hablemos claro:

mira que eso es boberia ;
que aunque quieran confundirse
con el disfraz de los trages
los ilustres personages ;
nunca pueden encubrirse.
Aun si fueras como yo ,
fueran tus intentos buenos ,
que en un chichon mas ó ménos
nadie hasta aqui reparó.
Pero la falta á Castilla
su mas generoso infante::-

Enriq. Si prosigues adelante::- *Enojad.*

Chich. Señor, no me maravilla
que no sigas mi consejo;
pues si bien se conjetura ,
le sirve tu misma altura
de broquel á tu pellejo.
Pero como el Rei inquiera
que acompañándote estoi,
y ando en aquesta danza , voi
sin remedio á una galera ;
donde un cómitre neron
me pondrá , dándome aprisa ,
el forro de la camisa
como rueda de salmon.

Enriq. Si tienes miedo::-

Chich. Eso no ;
y bien tienes conocido
que con los moros he sido
peor que un médico yo.

Enriq. Pues cesa ya de argüirme.

Chich. Tu peligro me amedrenta.

Enriq. ¿Qué amante peligros cuenta?

Chich. ¿No era mejor tener firme ,
y proseguir el camino?

Enriq. Pero salia el amor
lo mismo que el salteador
que acomete al peregrino :
en resolucion , me muero ,
Chichon : yo no puedo mas.

Chich. Y ya que en Sevilla estás ,
¿ qué quieres hacer ?

Enriq. ¿Qué quiero?
¿Tal preguntas á quien ama ?
Quiero ver al dueño mio ,
á quien el alivio fio
de esta inestinguible llama.
Un papel has de llevarla
porque sepa que aqui estoi ,
y pueda conseguir hoi
verla , sino cabe hablarla.
Ven á casa de Don Arias ,
donde pienso estar oculto.

Chich. Servirte no dificulto
como en ocasiones varias ;
mas reflexîona advertido
que llegó el Adelantado ;
y aunque de todo criado
de casa soi conocido ,
temo no poder servirte.

Enr. Sin embargo, haz la experiencia,
que tu en cualquiera ocurrencia
puedes mui bien encubrirte. *Vase.*

Chich. Esto es hecho : estoi mirando
el destino que me espera ,
y la valiente galera
en que me veré remando :
y tiemblo , sin llevar faldas ,
desde los pies al cogote ,
porque ya siento el azote
del cómitre en mis espaldas. *Vase.*

Salon corto : salen el Adelantado , Juana é Ines.

Adel. Esto del Rei conocí ,
pero no lo entiendo bien :
¿ sabes tú lo que es ?

Juan. Tambien
es enigma para mí.

Adel. Pienso que quiere casaros
con sus dos hermanos.

Ines. Vienes
tan humilde , cuando tienes
al Rei con hechos tan claros
puesto en tanta obligacion ,
que imagino que no entiendes
tus méritos , y que ofendes
tu valor y tu opinion.

Adel. ¿Solicitas que comprehenda
que el Rei se quiere casar ?

Ines. ¿Porqué no lo has de pensar
si tienes tan alta prenda ?

Adel. Ahora bien : aunque podia ,
si muger no trae extraña ,
casarse el Rei en España
con alguna prenda mia ,
no lo quiero asi entender;

porque si no sucediera,
mucho mas pesar tubiera
de verme asi descender.
Soi quien sabeis; he servido
en paz y en guerra años largos,
y los mas honrosos cargos
que hai en Castilla he tenido;
pero hasta ver declaradas
las dudas que ahora veo,
solo os diré que deseo
veros mui bien empleadas.
Pero hablarémos despacio
cuando mas ocasion haya,
que ahora es preciso que vaya
à presentarme en palacio. *Vase.*

Juan. No he querido, Ines, decir
á mi padre la intencion
del Rei.

Ines. ¿Y por qué razon?

Juan. Porque no pueda argüir
de su ausencia en la frontera,
cosa indebida á mi honor.

Ines. ¿Cómo te va del amor
de Enrique?

Juan. Esta necia espera *ap.*
saber á fondo mi estado,
y que ama al conde recelo;
mas yo le cortaré el vuelo,
y amor quedará vengado.

Ines. ¿No me respondes?

Juan. Estaba
distraida: ¿qué querias?

Ines. Saber cómo te sentias
de amor.

Juan. Aunque no se acaba,
tengo mui tibio el deseo;
no porque á Enrique olvidé,
sí porque no lo veré
mas en mi vida.

Ines. Asi lo creo:
y si lo olvidas, lo aciertas;
pues se mejora tu amor
en hombre de mas valor,
que te abre al solio las puertas.

Juan. Si hasta que yo me casara,
Ines, el Rei no entendiera
nuestro amor, yo prefiriera
à Enrique, y al Rei dexara:
pero si ya lo entendió,
y lo destierra de sí,
¿qué esperanza queda en mí?

Ines. La fortuna te ayudó;
y no será maravilla,
aunque lo riña lo amante,
que abandones un infante
por todo un rei de Castilla.

Juan. Prima mia: yo imagino
que esforzàndome á dexar
à Enrique, podré olvidar
este ciego desatino.
Los deseos dan contento
mientras que son acequibles,
pero en llegando á imposibles
se van del entendimiento.
El Rei, cuando no tubiera
mas que el ser Rei, ¿á qué amor
no deshiciera el rigor?
¿qué pecho no enterneciera?
Cuanto mas siendo galan,
entendido, fuerte, hermoso,
á pie y á caballo airoso,
que esto no lo negarás.
Desde que se declaró
conmigo, sentí no amarle.

Ines. Nadie cesa de alabarle.

Juan. ¿Tanto vale?

Ines. ¿Pues no?

Juan. Pues desde hoi, prima mia,
viva el Rei.

Ines. Viva mil años,
y acábense los engaños
de esa tu loca porfia.
Y pues resuelves querer
al Rei, y dexar á Enrique,
bien será que te suplique
te dignes favorecer
un deseo que he tenido
oculto, viendo tu amor.

Juan. ¿Tiénesle á Enrique?

Ines. El mayor
que cupo en mortal sentido.

Juan. ¡Ai necia, cómo te clavas! *ap.*

Ines. Mucho ha sido mi tormento,
y mayor mi sufrimiento;
porque viendo como estabas,
no me osaba declarar,

Juana, por no darte enojos;
y aunque mil veces mis ojos
te lo pudieron contar,
decíales: No mireis,
que es de mi prima y señora
el Conde; y pues que le adora,
respetadle, y no le ameis.
Mas ellos inobedientes
à la razon, le miraban
tan tiernamente, que daban
señas de amor evidentes.
Cuando viendo mis tristezas
la causa me preguntabas;
cuando llorando me hallabas,
ó en iguales asperezas;
sino queria vestirme,
ni concurrir á las fiestas,
y sola tú mis respuestas
pudiera, prima, sufrirme;
era verte con favores
de Enrique, y muerta de celos,
pedia siempre á los cielos
el fin de vuestros amores.
Cumplióse ya este deseo,
pues tu suerte se mejora,
y por eso quiero ahora,
pues querer al Rei te veo,
que le pidas que me case
con Enrique, y le haga mio.

Juan. Prima, aunque desconfio
de que con el Conde pase
mas adelante mi amor,
no del todo le olvidé,
que es fuego que ayer se fué,
y aun ha dexado el calor.
Mal has hecho en declararte
ántes de saber de mí,
que ya sin celos de ti
à Enrique pudiera darte;
pues debias conocer
que me habias de obligar
con estos celos á amar,
que asi hace toda muger.
Al amor pintado han
como niño, y bien se infiere
que lo que le dan no quiere,
y si lo que no le dan.
¿No has visto á un niño jugar
con alguna chucheria,
y que acaba su manía
por llegarla à despreciar,
mas si alguno solicita
privarle de ellá, se ofende,
vuelve á amarla, y se defiende
con esfaerzo, y llora, y grita?
Pues lo mismo es el amor.
Parece que va á olvidar;
le dan celos, vuelve à amar,
y hace el empeño mayor.
Tú debieras aguardar
à verme mas sosegada;
que de ayer enamorada,
¿cómo es posible olvidar?
El decirte del Rei bien
es primer paso de amor,
no el último; que es rigor
que mis deseos esten
de sola una hora de ausencia
de Enrique tan olvidados;
que aun van con él mis cuidados
como estaban de presencia.
Si algun intento tenia
de amar al Rei, le he perdido
con saber que tú has querido
gozar lo que yo queria.
Pierde de amarle el cuidado
ahora, que, por mi fe,
yo misma te avisaré
cuando haya á Enrique olvidado. *V.*

Ines. ¡Muerta he quedado! ¡Ah cruel!
¿Tan cautelosa me tratas?
¿Asi de formas te mudas?
¿Asi finges? ¿Asi engañas?
Si pretendes que abandones
mis amantes esperanzas,
no lo esperes: en mi pecho
dura enemistad te labras.
Yo me opondré á tus ideas,
y lograré mi venganza;
que no sabes lo que puede
una muger irritada.

Sale Chichon embozado.

Chich. Entro al castillo de Luna,
quiera Dios que con bien salga::-
Sobre poco mas ó ménos,
asi el conde de Saldaña

dicen que dixo.

Ines. ¡Qué veo!
¿Quién sois, y cómo en la sala
os entrais de esa manera?

Chich. Hombres de mis circunstancias
aunque mas gustan de alcobas,
no se hallan mal en las salas.
¿No me conoces? *Desembózase.*

Ines. ¡Chichon!

Chic. ¿Qué miras? ¿De qué te espantas?
¿No sabes aquello de
pan perdido?::-

Ines. ¡Estoi turbada!

Chich. Traigo del Conde mi amo
para tu prima una carta.

Ines. Muestra, darésela yo.

Chich. ¿No será posible hablarla?

Ines. ¡Qué es hablarla! Tú eres muerto
si te conocen en casa.

Chich. ¿Qué hai del Rei?

Ines. Sus pretensiones,
y no pocas esperanzas.

Chich. ¿Cómo desde anoche aqui
haber puede tal mudanza?

Ines. ¿Qué quieres? Vive el que vence.

Chich. La culpa es de quien os ama:
fuego en las::-

Ines. Quédate en las.

Chich. Pues si ya me entiendes, basta.

Ines. ¿Qué habia de hacer mi prima?

Chich. Reventar por una hijada
ántes que dexar al Conde.

Ines. ¿Siente mucho su desgracia?

Chich. Mucho mas la sentirà
cuando sepa esta jugada.
El mansísimo señor,
que levantaba diez cargas
de polvo en cada suspiro,
(tan réciamente soplaba)
ahora perderá el juicio.
Vuélveme luego su carta,
no quiero que se la des.

Ines. Es necesario entregarla,
que tal vez hará su letra
efecto en dureza tanta.

Chich. ¿Qué no podré verla yo?

Ines. No podràs hasta mañana,
porque està escribiendo al Rei.

Chich. ¿Eso mas?

Ines. Sus alabanzas
no dexa. Aqui à mí me dixo
que hacia al Conde ventaja,
que andaba á caballo airoso,
y en todo tenia gracia:
pero vuelve, como digo,
mañana.

Chich. ¿Estás endiablada?
¿Volver? Primero me vuelva
envidioso con desgracia,
cantor con voz de perrengue,
bailarin con malas patas,
jugador con poca dicha,
casado con mucha fama,
y finalmente muger,
que es peor: á Dios.

Ines. Aguarda.

Chich. ¿Qué quieres?

Ines. De este tal vez *ap.*
necesitaré mañana.
No quisiera que te hallasen:
entra en mi cuarto, y de él baxa
al jardin, y sal por él,
que asi nadie en tí repara;
y vuelve.

Chich. Si, volveré;
pero serán las espaldas. *Vase*

Ines. Parece que la fortuna,
si hasta aqui me trató airada,
empieza á templar su ceño.
Amor, leamos la carta;
veamos qué dice Enrique
á su venturosa dama.

Abre la carta, lee, y en tanto salen el Rei y el Maestre.

Rei. Miéntras ocupado tengo
á su padre, vengo á hablarla.

Maest. Me parece que no aciertas
en frecuentar esta casa,
por su opinion.

Rei. Yo la abono.

Maest. Antes por tu misma causa
padece, que como nadie
sabe tus intentos::-

Rei. Calla,
que aqui está su prima.

Ines. ¿Quien?::-

Pero, señor, ¿aquí estábais?
A buen tiempo venis,
que un asunto de importancia
tengo que comunicaros.
Rei. Maestre, en otra sala
me espera.
Maest. Ya te obedezco.
Rei. Hablad ya.
Ines. Por mí esa carta
puede hablar.
Rei. Letra es del Conde.
Ines. Si señor.
Rei. Dice asi.
Ines. Para *ap.*
fortuna una vez tu rueda,
favoreciendo mis ansias.

Lee el Rei.

Aunque debo ausentarme de Sevilla, las ánsias de verte me ponen grillos: quedo escondido en casa de un amigo, hasta que la noche me dé lugar para hablarte. Aguárdame, señora mia, en la puerta del jardin como otras veces, que serás mi esposa, ó yo perderé la vida.

Enrique.

¡Caso extraño! ¿Con que el Conde
no es amante de mi Juana?
Ines. Hace mucho que me sirve;
mas mi prima apasionada
dió en obsequiarle, y asi
providencia necesaria
fué encubrir nuestra pasion
para mas asegurarla.
Mas tengo justos recelos
de que Enrique para dama,
no para esposa, me quiere;
y pues esta noche trata
de venir, yo te suplico
que mi opinion::-
Rei. Ines, basta:
solo porque me has quitado
la dura penosa carga
de mis celos, cuando no
mi propio interes mediara,
accederia á tu intento:
sobre mi celo descansa,
que el Conde será tu esposo,
ò mi rigor::- pero Juana.

Sale Doña Juana.

Juan. ¡El Rei aqui! V.A.,
señor, sea bien venido.
Rei. Sin duda alguna lo he sido,
pues desde hoi mi dicha empieza.
Ya estaba de vos quexoso.
Juan. Yo no he sabido hasta ahora
que aqui estabais.
Rei. Ya, señora,
despidió mi amor celoso
las sospechas que tenia.
Carta de mi hermano es esta.
Juan. Sin duda que manifiesta
en ella::-
Rei. Sus demasias.
Hacerla quiero un engaño.. *ap.*
Como ya, señora, es justo
comunicaros mi gusto,
aunque os cueste un desengaño,
sabed que el Conde me escribe
grandes arrepentimientos
de sus necios pensamientos,
de que ya tan lejos vive.
Pídeme perdon; y dice
que le case de mi mano,
que le estime como hermano,
y como Rei lo autorice.
Yo, que por asegurar
mis celos no puedo hacer
cosa mas justa, muger
le quiero á Enrique buscar.
Y porque sin vos no es bien,
quiero consultar con vos
quién será, pues á los dos
nos toca honrarle tambien.
Bien conocereis por fama
ó por vista, quien podria
merecerle.
Juan. No seria
poco dichosa la dama;
porque D. Enrique es tal,
que no hai nadie que se atreva
á competirle, y se lleva
la palma de sin igual.

En la guerra valeroso,
en los estrados cortes,
de todas las damas es
objeto maravilloso.
Discreto sin presuncion,
tantas prendas atesora::-

Rei. Parad: ¿qué decis, señora?

Juan. Manifiesta mi opinion
y mi pensamiento llano,
sus intenciones siniestras,
pues no dexan de ser vuestras
las glorias de vuestro hermano.

Rei. Aunque él justifica cuanto
vos, señora, encareceis,
gusto de que le alabeis;
pero que no sea tanto,
que aunque me ilustra el blason
de Rei, soi hombre y amante.

Juan. Pero vos estais distante
de toda comparacion;
y los reales blasones
os elevan á una esfera,
que exênta se considera
de vulgares impresiones:
y pues que ya vuestra Alteza
en su consejo me ha dado
lugar, y en el que es de estado
está su mayor grandeza,
mirando bien qué muger
puede merecer al Conde,
la misma razon responde
que yo sola puedo ser.
Déme vuestra Alteza á mí
á su hermano, que bien creo
que tiene el mismo deseo,
pues me lo pregunta asi;
porque si no lo tubiera
de que él en mí se empleara,
claro està que no me hablara
ni ese consejo pidiera.
Honrar el Adelantado
puede vuestra Alteza asi,
y darme tambien á mí
lo que tanto he deseado.
Y al fin puesta en mi nivel,
y de vos desamparada,
en D. Enrique empleada
soi dichosa y tambien él. *Vase.*

Rei. ¡Ah, que nunca desengaños
fueron buenos en amor,
que el desengaño mejor
causa mayores engaños!
Si esta muger no quisiera
á Enrique, y á mí me amara,
¿posible es que se explicara
de tan resuelta manera?
Ella su dicha asegura
y tambien la de mi hermano,
si amor enlaza su mano:
¿pues de qué lo congetura?
Cierta es su correspondencia:
¡todos me engañan á mí!
Véte, Ines; véte de aqui,
que me ofende tu presencia.

Ines. Creo que la última herida *ap.*
he dado ya á mi esperanza;
¿pero cuando la venganza
procedió mas advertida? *Vase.*

Rei. ¡Con qué justa razon á la esperanza
dieron nombre de flor, pues que la imita
en que tan brevemente se marchita,
que tiene entre las hojas la mudanza!
Lucientes perlas al aurora alcanza,
de matizados círculos escrita:
belleza que la noche solicita,
para perder su ardor en su templanza.
Sembraba yo, porque la tierra nueva
me prometió de amor ricos favores:
¡ai necio engaño, de mis celos prueba!
¿De qué sirve sembrar locos amores,
si viene un desengaño, que se lleva
árboles, ramas, hojas, fruto y flores?
Vase.

Campo: en el fondo una puerta de rejas abierta, que comunica á un jardin. Salen Chichon y D. Enrique.

Enriq. Repite, Chichon, mi infamia;
vuelve á matarme de nuevo:
¿que á Pedro ama Doña Juana?

Chich. O por pasiva: D. Pedro
de Doña Juana es amado.

Enriq. Mientes, no puede ser eso::-
Mas si será, que conmigo
las desventuras nacieron.

¿Cómo cabe tan extraña
mudanza en tan poco tiempo?
Mas para hacer infelices
un siglo es cada momento.
Por eso solicitaba
mi ausencia: ¡ó vil fingimiento!
Si asi la verdad se oculta,
¿quién puede correrla el velo?
¡Muerto estoi!::- ¡triste de mí!::-
¿en donde hallaré consuelo?
Toda mi razon se ofusca
en laberinto tan ciego.
Yo dí crédito á una falsa,
y ahora estoi padeciendo
por mi culpa, por mi culpa::-

Chich. Y por tanto pido y ruego::-

Enriq. ¿Qué dices?

Chich. Nada: prosigo
para ayudarte.

Enriq. Confieso
que estoi loco.

Chich. Yo tambien:
pero recobra el sosiego,
y atiéndeme.

Enriq. ¿Cómo quieres
que pueda atender un muerto?

Chich. ¿Tú estás muerto?

Enriq. Si.

Chich. ¿Y con habla?

Enriq. Habla por mí mi tormento.

Chich. ¿Ya, señor, sofisticamos?
Peligro corre el celebro.

Enriq. Ven acá, ¿cuándo da el alma
el hombre, no queda muerto?

Chich. Asi lo dixo un albeitar
tomando el pulso á un jumento.

Enriq. ¿Un amante no dá el alma
á su dama?

Chich. Esto es mui bueno
que digan los boquirubios,
pero no los boquinegros:
porque ¿cómo puede estar
sin alma un hombre?

Enriq. Eres necio.
Pero ¿porqué yo disputo
contigo, si ya me siento
sin voluntad, sin memoria,
tambien sin entendimiento,
sin sentidos, sin accion:::
para nada? ¿Qué mas muerto
he de estar? Entiérrame.

Chich. Ya se le derrite el seso. *ap.*
Señor, por amor de Dios
que vuelvas en tí.

Enriq. ¡O exemplo
de ingratos! ¿La sepultura
me niegas?

Chich. Yo no la niego;
pero reniego de la perra
que de esa suerte te ha puesto.

Enriq. ¡Vive Dios, pues no obedeces!::-

Chich. Tente señor, ya te entierro.
Quiero seguirle la tema. *ap.*
¿No te has de echar en el suelo?

Enriq. ¿Qué mas postrado me quiere
en el horror del desprecio?

Chich. El primer difunto en pie
serás que vió el siglo nuestro.
Ahora bien: ya entran en casa
tus amigos y tus deudos,
todos cubiertos de luto.

Enr. ¿Y porqué ha de honrar à un necio,
muerto solo por su culpa,
tanta multitud de cuerdos?
Mas si, que la necedad
es honrada en estos tiempos:
y muertos todos son unos
los necios y los discretos.

Chich. Los niños de la doctrina
vienen en fila aqui dentro:
¡óh, cuànta sarna que traen!

Enriq. ¿De la doctrina son esos?

Chich. ¿No los ves?

Enriq. Para dar doctrina
del amor mas verdadero,
huérfano y desamparado
como esos niños me veo.

Chich. Las cofradias tambien
por su órden van siguiendo:
esta es de la Soledad.

Enriq. Anduviste mui discreto
en traerla, pues que solo
como ninguno padezco.

Chich. Estotra es de los Dolores.

Enriq. Terrible son los que siento:
mas dime, ¿no hai cofradia

de la Firmeza?
Chich. En el cielo,
que por acá no se usa.
Enr. Bien por mi mal lo estoi viendo.
Chich. Los pobres son de las hachas;
mas no caben aqui dentro.
Ea, sálganse al zaguan.
¿No lo entienden? Acabemos,
que es mui estrecha la sala,
y no huele bien el cuerpo.
Ahora entran los hermanos,
que cargan con el féretro:
¿quieres que agarren de tí?
Enriq. ¡Qué sé yo lo que me quiero,
ni qué digo, ni qué hago,
ni si exîsto, ni si muero!
Traidora imaginacion,
ingrata á tu mismo dueño,
¿dónde me conduces? ¿Dónde
de mis propios pensamientos
podré huir? Aleve Juana,
¿cómo me dexaste? ¡Oh cielos!
Pero muger y mudanza
tienen un principio mesmo.
¿Qué se hicieron tus favores?
Mas fueron flores de almendro,
y un cierzo las ha secado.
¡Loco estoi!::- ¡matarme quiero!::-
No, que primero es vengarme:
¿pero dónde están los medios?
Contra el poder, ¿qué venganza
puede haber? Delirio, sueño
es lo que pasa por mí.
Este tenebroso velo,
estas sombras que me ofuscan,
esta rabia que alimento
en mi propia fantasia,
el furor que reconcentro,
el dolor que me devora,
este volcan, este incendio,
esta desesperacion
solamente en el averno
se padece. En él estoi:
del caliginoso reino
las sombras piso. Alli miro
á Tántalo, que al risueño
cristal los labios aplica,
y huye el agua en el momento:
Sísifo sube la peña,
que vuelve á rodar de nuevo:
mas allá atado á una roca
está el triste Prometéo,
que da á carnívoro buitre
con sus entrañas sustento:
y se quejan; ¡ah cobardes!
Que los que estais padeciendo
de mis crueles dolores
apénas son un bosquejo.
Las furias á mí se acercan:
¿qué quereis, monstruos horrendos?
¿cuánto tiempo ha que tomásteis
la posesion de mi pecho?
Las ensortijadas sierpes
que vibrais, débil veneno
derraman: mayor ponzoña
es la que yo estoi bebiendo
sin cesar, y no da fin
à dolores tan acerbos.
Reunid todas las penas,
y los dolores intensos
de cuantos desesperados
encierra ese obscuro seno,
y formad un dolor solo,
que ese es el que yo padezco.
Mirad si puede haber otro
mas amargo y mas inmenso;
que al fin aqui no se ama,
y yo amo, y tengo celos.
Entra en el jardin.
Chich. El se ha ido, y me ha dexado
con el gasto del entierro:
mas si alguien quiere enterrarse,
ya que soi sepulturero,
vengan, que chico con grande
enterraré á real y medio.

ACTO TERCERO.

Salon corto: salen el Rei y el Maestre.

Rei. ¿Qué Castro el Adelantado
se retirò á casa enfermo?
Maest. Sin duda leve accidente
es el suyo, segun pienso.

Rei. Cualquiera indisposicion
es mui temible en los viejos,
que la edad yela la sangre,
y debilita el esfuerzo.
Mucho sintiera el perderle;
porque si la verdad confieso,
á su valor y experiencia
debo felices sucesos.
Maest. Yo fui á verle, y te aseguro
que me arrepentí de hacerlo.
Rei. ¿Porqué?
Maest. Porque supe cosas,
que te han de dar sentimiento.
Rei. ¿Viste à Juana?
Maest. No, que estaba
de su padre junto al lecho
ocupada en asistirle:
mas vi à Ines, y:::
Rei. Nada temo:
prosigue.
Maest. Me refirió
que la encontraste leyendo
una carta.
Rei. Asi es verdad;
y sobre ella el fundamento
de toda mi dicha pongo.
Maest. Pues dalo ya por deshecho.
Rei. ¿Cómo?
Maest. Como que te engaño.
Rei. ¡Tubo tal atrevimiento!
Maest. ¿Qué muger procedió cuerda,
con envidia, amor y celos?
Rei. ¿Qué dice?
Maest. Que apasionada
de Enrique, y dando por cierto,
segun los elogios que
de tí Juana habia hecho
y otras varias expresiones,
que tú serias su dueño,
la pidió que si llegaba
á ocupar el trono régio,
se interesase en su amor:
despertaron estos celos
la inclinacion de su prima,
y entrambas se indispusieron.
Llegó por casualidad
à manos de Ines un pliego
de Enrique para su prima:
ella leyó su contesto,
y te dixo lo que sabes.
Pero siente haberlo hecho,
y te pide consideres
que un celoso movimiento
obscurece la razon
en sus ímpetus primeros;
y que te sirva de aviso
para gobernarte.
Rei. Veo
que es afortunado Enrique
con las damas.
Maest. Confesemos
que lo merece.
Rei. Es verdad;
pero ese conocimiento
ni hace ménos bella á Juana,
ni alivia lo que padezco.
Maest. Pues si tu á tu mal no buscas
el mas seguro remedio.
Rei. ¿Y cuál es?
Maest. ¿Ella no sabe
tus amantes sentimientos?
Rei. Quién lo duda.
Maest. Pues, señor,
si ya conoce tu afecto,
aunque no te corresponda,
su gratitud á lo ménos
tienes empeñada; pues
pensar que un hidalgo pecho,
ya que no pague el cariño,
se resista á agradecerlo,
la eleccion desacredita,
puesto que infama el objeto.
Ofrécela, pues, el trono;
y de esta suerte añadiendo
tan poderosa fineza
sobre su agradecimiento,
en tu favor se decide,
y logras tus pensamientos.
Rei. ¿Con que à fuerza de intereses
se han de conquistar afectos?
Maest. Nunca mucho costó poco.
Rei. Pero es demasiado un reino:
ademas que en tu presencia
á sus pies corona y cetro
la ofrecia.
Maest. Mas lo tendria

por galante ofrecimiento,
no por caso decidido.
Y hablaste en ese supuesto,
pues tu misma indecision
acredita ese concepto.
Rei. Y aunque mi tàlamo admita,
dí, ¿me admitirà en su pecho
cuando se halla poseido
de otra pasion?
Maest. Los diversos
estados hacen mirar
baxo distintos afectos
las cosas: en Doña Juana
hai mucho discernimiento,
y pensarà como reina,
si acaso llegase á serlo.
Rei. ¿Y si no basta lo reina
para obligarla?
Maest. Sabremos
entónces que esa muger
es el fenix de estos tiempos.
Rei. Ven, pues; que luego que el sol
ilumine otro emisferio,
veré yo otro sol que sigo,
sus claros rayos bebiendo;
y conocerás, maestre,
que entregado á tus consejos,
de mis amantes finezas
apuro todo el extremo.
¡Oh amor! Cómo de tu fuerza
no es resistible el imperio;
pues en las humildes chozas
y en los palacios excelsos,
igualando calidades,
eres despótico dueño.
Séme esta vez favorable,
y dedicaré á tu templo
hechas de oro las cadenas
que arrastro, para trofeo
de tu fuerza irresistible.
Pero eres ciego, y advierto
que entre las luces tropieza
el que se fia de un ciego. *Vanse.*

Jardin: salen Elvira y Doña Juana.

Juan. Mira Elvira lo que dices.
Elv. Señora, no hai duda en ello:
yo lo vi.
Juan. ¿Que Chichon dió
un papel à Ines?
Elv. Es cierto:
por señas que le esperaba
al salir del aposento
para hablarle, y no salió,
aunque estuve largo tiempo
esperando; con que es claro
que tu prima con misterio
por la puerta del jardin
le sacaria.
Juan. Recelos,
¿qué decis?::- Elvira vete.
Elv. ¿Mandas algo?
Juan. Que en acecho
estes por si alguien viniere,
ó mi padre (que durmiendo
está) despierta y me llama.
En todo caso á este sitio
nadie permitas que llegue,
sin avisarme primero.
Elv. Alcahuetico es Chichon, *ap.*
segun lo que aqui estoi viendo.
Siempre dixe que tenia
cara propia de tercero. *Vase.*
Juan. ¿Quedamos buenos, finezas?
Decid amor, ¿quedais bueno?
¡Qué confusiones son estas!
¡Qué enigmas que no comprehendo!
¡Enrique papel à Ines,
sin darme cuenta de ello!
¡Declararme ella su amor,
y pensando que prefiero
al Rei, pedirme favor
para hacer su casamiento
con el Conde! Mas que acaso,
esto parece concierto.
Porque Ines á no tener
alguna esperanza al ménos
de Enrique, no se arrojara
á poner sus pensamientos
en un hermano del Rei.
¿Pero pudo adelantar
tanto Enrique el fingimiento,
y quebrantar con infamia
las leyes de caballero?
Si, que en el amor no hai lei;
y en su político reino

como se logren los fines,
no se repara en los medios.
¿Si mi amor habrà hecho espaldas
a otro amor?::- Mas ¿qué instrumento
resuena? Será tal vez
Fabio nuestro jardinero,
que del trabajo descansa,
y varias veces el viento
suaviza con la armonia
de sus agradables ecos.

Pasea Juana como oyendo una voz que canta lo siguiente.

Voz. En el campo me metí
á lidiar con mi deseo,
conmigo mismo peleo,
defiéndame Dios de mí.

Juan. En el campo me metí
á lidiar con mi deseo,
conmigo mismo peleo,
defiéndame Dios de mí.
Parece que habla conmigo
esta sentenciosa letra,
pues adivina y penetra
el mal que en mi pecho abrigo:
porque el mayor enemigo
que tengo, lo llevo en mí,
que un tiempo libre me ví;
é ignorante del rigor
y tirania de amor,
en el campo me metí.
Ya que conozco el poder
de esta pasion lisonjera,
huir su engaño quisiera,
y no me puedo vencer;
la razon podria ser
que alcanzara este trofeo;
pero mui débil la veo,
y de ella no espero nada,
al mirarme precisada
á lidiar con mi deseo.
¿De qué sirve la razon,
por mas que clame severa,
si en el alma prepondera
la fuerza de la pasion?
Dentro de mi corazon
clara la victoria veo:
todo se rinde al deseo,
y el entendimiento duerme;
porque yo por no vencerme,
conmigo misma peleo.
Mi propio destino aguarde
la que cuando amor le embiste,
al principio no resiste,
porque despues ya es mui tarde:
yo no lo hice, fuí cobarde:
ya lloro lo que perdí;
y pues no me defendí
cuando tenia denuedo,
ahora que ya no puedo
defiéndame Dios de mí.

Salen Enrique y Chichon.

Enriq. No me tengas.
Chich. ¿Dónde vas?
Enriq. A perderme.
Chich. ¿Estás en tí?
Enriq. ¿Pues si yo estubiera en mí,
amara á una ingrata mas?
Juan. ¿Qué es esto?::- ¿Quién es?
Enriq. ¿Quién es?
La pregunta es extremada.
Qué, ¿ya estas olvidada,
que me ves, y no me ves?
Pues yo te diré quién soi::-
Juan. Mi sufrimiento se apura.
Enriq. Soi un alma que procura
el pecho en que ya no estoi:
soi un hombre que solias
decir, aleve, que amabas,
cuando ménos estimabas
que el amor las monarquias:
soi quien tubo tal ventura,
que mereció de tus labios
seguridades de agravios,
si hai cosa en muger segura:
soi el que perdió por ti
su Rei, su hermano, su dueño,
la noche, para tí sueño,
y desvelo para mí:
soi cometa que pasó
por el cielo, si se debe
tal nombre á hermosura breve,
que donde nació murió:
soi::-
Juan. Un perjuro, un tirano,
un cruel, un alevoso,

un cocodrilo engañoso,
un mal nacido, un villano,
una serpiente nociva,
una esfinge, una sirena,
una alma de infamia llena,
donde la maldad se aviva,
un traidor ya manifiesto,
digno de odioso renombre
en el mundo, y eres hombre,
que todo he dicho con esto.
Vete, y no me veas mas:
y si quejas apercibes,
á mi prima, á quien escribes,
de secreto las darás:
que esta hazaña tuya es::-
Enriq. ¿Tú dices que á Doña Ines
he escrito?
Juan. ¿Pues no es asi?
Enriq. No señora, sino á tí:
Chichon la verdad dirá.
Chich. Quien crédito no te da,
me ha de dar crédito á mi;
porque yo traxe el papel,
y tu prima lo tomó.
Enriq. ¿Pues cuándo la quise yo
para regalarme en él?
Si quiso engañar infiel
al Rei, no lo sé; mas creo
que nació de tu deseo:
concierto debió de ser,
porque tú puedas hacer
con el Rei mas alto empleo.
El Rei merece agradarte;
mejor empleada estás;
y lo que aqui siento mas
es que quieras disculparte:
pero amarle no era parte
para venderme con él.
Tú, si, que le has alabado
y aun escrito, eres infiel:
mas pues me has abandonado,
yo huiré de tí, cruel.
¿Mas huir de qué me vale,
si tengo de volver luego,
como por la cuerda el fuego
vuelve à la parte que sale?
Mejor es que el fin iguale
al principio á que naci;
yo quiero morir aqui;
sepa el Rei que aqui me tiene.
Máteme: ¿porqué no viene
si quiere vengarse en mi?
Juan. ¡Enrique!::-
Chich. Señor,
¿qué es esto?
Enriq. ¿Pues no lo ves?
¿Yo he querido á Doña Ines?
¿La tube en mi vida amor?
Pase un villano traidor
mi pecho, si tal pensé,
tal servi, ni tal hablé;
ni puede ser en lugar
donde tú ya estàs, entrar
otra hermosura, otra fe.
No lo digo por moverte,
que no te pienso mover,
ni quererte, ni querer
que me obligues á quererte;
sino que no quiero verte
disculpada en mis agravios.
Juan. ¡Conde!::-
Enriq. No muevas los labios,
que despues de agravio cierto,
nunca vuelven á concierto
los amantes ni los sabios.
Estos tus papeles son
con esa encarnada cinta,
¿quién dio veneno con tinta
sino muger y traicion?
Romperá, pues, mi razon
cláusulas tan engañosas.
Juan. Nunca han sido artificiosas:
no las quieras destruir,
que aunque las vuelva á escribir
no saldrán tan amorosas.
Enriq. Déxame.
Juan. Asi Dios me guarde::-
Enriq. Ya nada quiero saber.
Juan. Créeme::-
Enriq. No puede ser.
Juan. ¿Por qué causa?
Enriq. Porque es tarde,
y es razon que me acobarde
de mi Rei justo respeto.
Juan. ¿Y si ser tuya prometo
cuando esté desengañada?

Enriq. Serás de mí tan amada
como mereces, y aun mas;
pero bien sé que seras
del Rei, que estás obligada.
Juan. A quien se hace de rogar
y me desprecia, no es bien
que mis deseos le den
ocasion, sino lugar.
Voime á no ver olvidar,
que he querido bien al Conde.
Chich. ¿Dónde vas, señora?
Juan. ¿Dónde?
Voi, Chichon, á no querer
al Conde.
Chich. No puede ser,
que el Conde te corresponde.
Mira qué ojazos aquellos,
y qué mirarte á traicion:
¿no le ves el corazon
y aun el hígado por ellos?
Juan. Tiénesme por los cabellos.
Chich. No tal, señora: que tú eres
quien te tienes, porque quieres
tenerte.
Juan. Mal me conoces.
Chich. No te irás, asi te goces.
Juan. Mal conoces las mugeres.
Chich. Pero si tú no lo eres,
sino ángel por la hermosura.
Juan. Si Enrique nada procura,
Chichon, ¿porqué me detienes?
Chich. Vamos, señor, ¿qué previenes?
¿No te dexas ablandar?
¿Quieres hacerla llorar?
Enriq. ¿Pues no se quiere partir?
Chich. Si ella se quisiera ir,
¿quién se lo habia de estorbar?
Pues mira que la muger
no ha de sufrir lo que el hombre.
Enriq. Como mi esposa se nombre,
di que la quiero querer.
Chich. Claro está que lo ha de ser.
Juan. Conde, si estoi satisfecha
de mi pasada sospecha,
seré tu esposa.
Enriq. No sé
que satisfaccion te dé,
si mi verdad no aprovecha.

Sale Elvira.

Elv. ¿Señora?::-
Juan. ¿Qué traes, Elvira?
¿qué hai?
Elv. El infante D. Tello,
de parte del Rei, hablarte
solicita.
Enriq. ¿No oyes esto?
Chich. ¿Y no seria peor
que viniese á hablarla él mesmo?
Juan. ¿Adónde está?
Elv. Con tu prima
Doña Ines queda ya dentro
de tu mismo cuarto.
Enriq. A Dios.
Vamos, Chichon.
Juan. ¿Adónde?
Enriq. Léjos
de donde padezco tanto.
Juan. Espérate, yo te ofrezco
que acabarán mui en breve
tus ansias y mis recelos.
Enriq. ¿Qué dices?
Juan. Que pues la noche
comienza del manto negro
á desarrugar las sombras,
à hablar al Rei me resuelvo,
y pedirle que del todo
abandone mis obsequios,
pues de lo contrario voi
á encerrarme en un convento:
y si esta resolucion
la atribuyere à tu afecto,
le diré que no se engaña,
y que no cabe otro dueño
en mi corazon, en donde
tú eres el rei verdadero.
¿Quieres mas?
Enriq. Besar tus plantas,
por lo mucho que te debo.
Juan. Mas haré: hablaré á mi padre,
y si quieres le hablaremos
juntos: sabrá nuestro amor,
y tal vez por este medio
podriamos conseguir
el casarnos de secreto.
Enriq. Eso es lo mas acertado.
Juan. Pues no perdamos el tiempo.

Elvira? *Elv.* Señora mia?
Juan. Cuando se vaya D. Tello
hallarás á Don Enrique
junto à la estatua de Vénus,
le llevaràs à tu cuarto,
que está junto al mio; pero
cuidado que lo executes
con recato y con silencio.
Elv. Está bien.
Juan. Pues á Dios, conde.
Enriq. A Dios, señora; yo quedo
temblando.
Juan. ¿Un hombre de tanto
valor?
Enriq. Es de amor el miedo.
Juan. Vístelo de mi firmeza,
pasará al contrario extremo.
Vanse por distintos lados, y Elvira como deteniendo á Chichon, y le dice.
Elv. ¿Qué tal da de sí el oficio?
Chich. ¿Qué oficio?
Elv. ¿Pues no hace tercio
en la partida?
Chich. No hago
ni tercio, quinto, ni sexto:
que no heredé la coroza
que llevaron sus abuelos.
Elv. ¿Pues trae y lleva de balde?
Chich. Yo nada traigo ni llevo,
sino sobreojos á ella,
cuya lengua es, segun creo,
mayor que el badajo de
la campana de Toledo. *Vans.*
Sala de Doña Juana: salen Doña Ines y el Maestre.
Maest. Esto me dixo mi hermano
que os suplicase.
Ines. Yo debo
obedecer á mi Rei;
y mui gananciosa quedo,
si de mi loca imprudencia
olvida el atrevimiento.
Maest. El sabe que se halla el Conde
en Sevilla, y por supuesto
de que vendrá á ver su dama
á favor del negro velo
de la noche, y solicita
averiguar sus intentos
por sí mismo.
Ines. Sentiria
que si á Enrique hallase dentro
se arrojara::-
Maest. No temais;
que es generoso Don Pedro,
á pesar de los que infaman
de su honor el claro espejo.
Ines. Pues yo le iutroduciré
en mi cuarto: ¿vendrá luego?
Maest. En cuanto yo me retire
de esta casa, donde tengo
que comunicar á Juana
un importante secreto.
Ines. Ella viene, yo os aguardo.
Maest. Bien está; guardeos el cielo.
Vase, y sale Doña Juana.
Extrañareis mi visita.
Juan. Si la verdad os confieso,
no esperaba tanto honor.
Maest. Muchos mayores el cielo
os reserva.
Juan. ¿Qué decis?
Maest. Que sois dichosa en extremo:
Llégase á una puerta, donde comparece un hombre, que en una fuente dorada trae una magnífica corona.
ola, Gonzalo; llegad. *Vase el homb.*
Juan. Dudando estoi, y temiendo.
Maest Este regalo os envia
Dexa la fuente en un mesa.
el Rei: corred el velo,
y entended, pues sois discreta,
lo que encierra ese misterio:
y no dexeis, Juana hermosa,
por lo dudoso lo cierto. *Vase.*
Juan. Y no dexeis, Juana hermosa,
por lo dudoso lo cierto.
¿Qué será? ¡Válgame Dios!
Temblando estoi de saberlo;
pero sea lo que fuere,
enigma tanto apuremos.
Descubre la corona, y queda un rato suspensa.
¡Válgame el cielo!::- ¡qué miro!::-
¡una corona real!::-
Ya es mas terrible mi mal.

¿Si estoi soñando ó deliro?
Ya no extraño, cuando admiro
del Rei el intento honroso,
que Don Tello misterioso
y grave me aconsejara
fuese cuerda, y no dexara
lo cierto por lo dudoso.
¿Quién es bastante á impedir
que del Rei esposa sea,
cuando él mismo lo desea?
Si lo llego á resistir,
y no lo quiero admitir,
su altiva saña despierto,
á mi Enrique veré muerto,
que en amor no hai que esperar:
luego es locura dexar
por lo dudoso lo cierto.
Mas si el Rei Enrique fuera,
yo sé que me coronara,
y que mi frente llegara
del solio á la sacra esfera:
fineza tan verdadera,
proceder tan generoso,
un sacrificio glorioso
está pidiendo en su abono:
luego hago bien si abandono
lo cierto por lo dudoso.
¿Pero cuál será mi suerte?
¿En qué fundamento estriba,
con qué esperanza se aviva
de mi amor la pasion fuerte?
A perderme, y á perderte
camino si bien lo advierto,
Conde mio: no habrá puerto
que nos pueda guarecer:
luego, ¿porqué he de perder
por lo dudoso lo cierto?
Desde el solio soberano,
bien mio, en tí reinaré
como hasta ahora reiné,
ganarás lo que yo gano.
Serás, ménos de mi mano,
de todo dueño dichoso;
y algun dia mas gozoso
te verás lisonjeado
de que yo no haya dexado
lo cierto por lo dudoso.
Pero tal vez huirás
de tu amor desesperado
y á otra pasion entregado
mis celos despertarás,
y mi pecho dexarás
como un árido desierto,
mi corazon frio y muerto
al placer, y lloraré
entónces que no dexé
por lo dudoso lo cierto.
Mucho deslumbras, corona;
mucho puedes, mucho alcanzas;
muchas son tus esperanzas;
mucho tu valor te abona;
muchas dichas eslabonas
de tu círculo al compas;
mucho persuadiendo estás;
mucho es tu poder y encanto;
pero no blasones tanto
que hai quien pueda mucho mas.
Cede, si, cede de amor
al poder irresistible,
pues que todo lo visible
le da el tributo mayor:
no he de comprar tu esplendor
á costa de mi finura,
por mas que la edad futura
me arguya con destemplanza
que preferí una esperanza
á una posesion segura.
Si, Enrique: no un cetro solo
dexára yo por amarte
por servirte y regalarte,
sinó cuanto alumbra Apolo:
hasta el contrapuesto polo,
arrestada á todo caso,
verás que sigo tu paso,
y los peligros no temo;
porque eu tus ojos me quemo,
y en tus amores me abraso.
En mi exemplo la muger,
que tan mal tratada es,
muestre que el desinteres
tambien llega á conocer;
que sabe ilustrar el ser
que le dió naturaleza;
y del hombre la fiereza,
que con indigna arrogancia
nos arguye de inconstancia,

aprenda de mi firmeza.

Llégase á una puerta.

¿Elvira?

Elv. Señora.

Juan. ¿Y el conde?

Elv. Aqui està.

Juan. Llegue al momento.

El Rei, el Maestre y Doña Ines al bastidor; y sale Enrique.

Rei. Temblando estoi de mi mismo,
al mirar lo que estói viendo.

Juan. Conde y señor: ya es preciso,
ó que huyamos, ó tomemos
aquella resolucion
que te dicte tu talento,
para huir de los enojos
del Rei, contando primero
que mi padre lo permita;
que si hará.

Enriq. ¿Pues qué hai de nuevo
que a esa precision obligue?

Juan. Vuelve los ojos à verlo,
y mira lo que me traxo,
de parte del Rei, D. Tello.
Esto es decir que me quiere
para esposa, no hai remedio.
Dispon lo que te parezca:
no te amedrenten los riesgos,
que mi corazon amante
á todo hallaràs dispuesto.

Rei. ¡Rara fineza de amor!
Yo no sé como contengo
los poderosos impulsos
de la envidia y de los celos.

Juan. ¿Qué tienes, señor? ¿Suspiras?
¿De qué has quedado suspenso?

Enriq. De ver hasta dónde puede
llegar del hado lo adverso.
Oye, señora: aunque el Rei
solicitaba tu afecto,
jamas creí, aunque te sobran
para mas merecimientos,
que extendiese su fineza
á partir tálamo y cetro
contigo: yo fuera injusto
si á tan alto casamiento
me opusiera. El Rei te quiere
para esposa, y este empeño
me quita la preferencia
por tan plausible y honesto.
Pero acaso no bastara
à vencer mis sentimientos,
si otras consideraciones
no ayudasen á vencerlos.
En tantas doradas puntas
como el luminoso cerco
guarnecen de esa corona,
estoi mirando los reinos
que de Castilla componen
el alto solio supremo:
ácia el cielo levantados
parece le están pidiendo
una noble soberana,
que dichosos pueda hacerlos.
Ninguna mejor que tú,
ninguna en el universo
á tan justos votos puede
dar debido complemento.
No sin causa poderosa,
los misteriosos decretos
del destino tantas prendas
en tí sola reunieron.
Luzcan en el alto solio:
sean precioso ornamento
de la corona: que yo
seria un vil, un perverso,
si á tantos desventurados
como en tí hallarán consuelo,
los privase de un alivio
tan dulce y tan lisongero.
Y pues el hacer felices,
sin duda es el bien supremo
que se disfruta en la tierra,
por hombre, por caballero,
y, lo que es mas, por amante,
Juana divina, no debo
retraerme de que logre
ventura tanta tu pecho.
¿Habia de permitir
que los siglos venideros
dixesen de mí que pude
elevar al trono régio
mi dama, y que no lo hice
por interesado afecto?
No señora, no señora.

Venzamos nuestros afectos:
ocupa el solio: haz dichoso
al Rei, y á todos tus reinos:
que sofocando mi amor,
yo seré, Juana, el primero
que jurándote por reina,
de buen vasallo dé exemplo::-

Juan. Calla aleve, fementido,
ingrato, mal caballero,
que hai delitos que decirlos
es mas culpa que el hacerlos.
Si porque temes al Rei::-

Salen todos.

Rei. ¿Quién teme sin ofenderlo?

Juan. ¡Vos::- señor::- aquí::-

Enriq. ¡Qué susto!

Chich. De esta hecha volaverunt
mi amo y yo: si paramos
no será de aquí á Marruecos.

Maest. Severo está el Rei.

Rei. Amor, *ap.*
mira que se ultraja el cetro
con tu victoria: ya hazaña
has de ser si fuiste afecto.
Enrique: pues ¿cómo ignoras,
siendo un hombre tan discreto,
que á veces el ser dichoso
es delito, y no de aquellos
que fàcilmente perdona
el poder? Tu atrevimiento
en haberme competido,
mi venganza está pidiendo.

Enriq. Si me oiste, bien sabras
que, à mi obligacion atento,
yo me vencia, mi dama
á tu respeto cediendo.

Rei. En eso me competiste,
no en amarla; pues para eso
hallaste la misma causa
que yo en su merecimiento.
En dominarte á ti mismo
me competiste, supuesto
que la mayor accion debe
nacer del mas noble pecho.
Los reyes, son reyes siempre;
y los mas altos empeños
al mayor poder encargan
los celestiales decretos.
Vencerse es lo mas dificil,
y mucho mayor trofeo
es vencerme yo que tú;
pues si bien lo considero,
es mas dificil el lauro
al mayor poder opuesto.
Ese tu delito ha sido,
el que castigar pretendo
con nobleza, y no con saña:
dad la mano á Enrique luego.

Juan. Soi obediente. *Chich.* Buena es
obediencia con torrezno.

Enriq. Señor, dexa que à tus plantas
muestre mi agradecimiento.

Rei. Levanta, Enrique, á mis brazos:
vos, Ines::-

Ines. Yo solo ruego
á mi prima que perdone
mi imprudencia.

Juan. No me acuerdo
sino de que soi dichosa.

Rei. En memoria del suceso (*A Juan.*
pintareis en vuestras armas
una corona; advirtiendo
que esté pintada al reves,
pues de ella hiciste desprecio.

Juan. No fué de su dueño ofensa.

Rei. Ni yo tal, señora, creo.
Pero á dar esta noticia
al Adelantado entremos;
porque sepa que dexàsteis
por lo dudoso lo cierto.

FIN.

CON LICENCIA: EN CÁDIZ:
En la imprenta de Don Antonio de Murguia, plazuela del Correo, donde se hallará, como tambien un gran surtido de comedias antiguas y modernas, tragedias, sainetes y unipersonales. Año de 1815.